



habla

habla

LOS HOMBRES ME EXPLICAN COSAS - LA VOZ PÚBLICA DE LAS MUJERES

México, primera edición, septiembre de 2017

Los hombres me explican cosas © Rebecca Solnit, 2012

Título original: *Men Explain Things to Me*. Publicado originalmente en *TomDispatch*, 2008. www.tomdispatch.com

La voz pública de las mujeres © Mary Beard, 2014

Título original: *The Public Voice of Women*. Publicado originalmente en *London Review of Books*, vol. 36, no. 6, 2014. www.lrb.co.uk

De la traducción © Marina Álamo Bryan, 2017

D.R. © 2017

Ediciones Antílope S. de R. L. de C. V.

Alumnos 11, col. San Miguel Chapultepec,

deleg. Miguel Hidalgo, 11850, Ciudad de México, México

www.edicionesantilope.com

Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, deleg. Coyoacán,

04510, Ciudad de México, México

Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias

Av. Universidad s/n, Circuito 2, col. Chamilpa,

62210, Cuernavaca, Morelos, México

www.crim.unam.mx

DISEÑO Y FORMACIÓN

Adriana García Noriega

ILUSTRACIÓN

Renuka Rajiv

ISBN: 978-607-02-9767-0 (UNAM)

ISBN: 978-607-97815-0-7 (Ediciones Antílope)

Impreso y hecho en México



CRIM

ANTÍLOPE



ANTÍLOPE

habla

LOS HOMBRES ME EXPLICAN COSAS

REBECCA SOLNIT

Traducción: Marina Álamo Bryan

Ilustración: Renuka Rajiv

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

2017

desDÓBLE



INTRODUCCIÓN

MARGARITA VELÁZQUEZ GUTIÉRREZ

Los años sesenta del siglo XX fueron testigos del surgimiento de la llamada segunda ola del feminismo en el mundo. En ese momento, millones de mujeres alrededor del planeta comenzaron a exigir ser tratadas con igualdad y en apego a sus derechos humanos, los cuales, a reserva de ser reiterativa, son también derechos de las mujeres. A más de cuarenta años de iniciados esos movimientos, hoy en día miles de activistas y académicas feministas siguen trabajando para identificar las fuentes de

opresión femenina que promueven y mantienen las desigualdades de género. Transitando distintos territorios, estos esfuerzos renuevan y reinventan de forma constante manifestaciones sociales y culturales cuyo propósito es erradicar las causas de la opresión, buscando generar una sociedad fundada en la justicia y la igualdad. Así, en pleno siglo XXI —y cada vez con más fuerza— las voces que exigen la observancia de los derechos de las mujeres mantienen vigencia y ganan espacios.

Hoy, los debates alrededor de la igualdad de género se han multiplicado. Abundan los foros y espacios en donde se discuten estrategias para continuar con las luchas feministas. En este contexto, resulta esencial difundir las ideas y los aportes conceptuales que se realizan en los ámbitos académicos —tanto nacionales como internacionales— para hacerlos llegar a las mujeres, incluso más allá de estos espacios. Así, la difusión del conocimiento, más que una tarea universitaria primordial, se convierte en un deber universitario. Acercar a las generaciones más jóvenes elementos que les

permitan conocer y entender las raíces de estos movimientos contribuye a repensar estrategias a futuro, incitando a la construcción de sociedades sostenibles, justas e igualitarias.

Los dos ensayos feministas que conforman este libro —“Los hombres me explican cosas” y “La voz pública de las mujeres”— fueron publicados originalmente en inglés por Rebecca Solnit y Mary Beard. Ambas autoras provienen de una formación académica, pero su intención es, por medio de la literatura, hacer accesible la discusión feminista a todas las mujeres.

Rebecca Solnit, nacida durante la década de los años sesenta, es escritora, historiadora, activista, feminista y ambientalista estadounidense. Su ensayo “Men Explain Things to Me”, publicado en *TomDispatch* y traducido en esta edición como “Los hombres me explican cosas”, se convirtió desde el momento de su publicación en 2008 en un hito del movimiento feminista contemporáneo. Solnit ejemplifica con ironía la forma en que los hombres utilizan un discurso condescendiente para silenciar

y ejercer poder sobre las mujeres, incluso en el ámbito cultural, de aparente igualdad y apertura. La popularidad del ensayo dio pie al término *mansplaining* —un neologismo con traducción incierta, que se ha trasladado al español como machoexplicar, hombre-explicar, manxplicar e incluso androplicar—. El concepto se utiliza hoy en día como moneda corriente para describir el tono pedagógico que utilizan ciertos hombres al hablar de temas sobre los cuales sus interlocutoras mujeres poseen mayor conocimiento, mientras ellos se asumen como expertos.

Mary Beard nació a mediados de los años cincuenta y es profesora de estudios clásicos en la Universidad de Cambridge. Una de las historiadoras más relevantes del mundo contemporáneo, fue galardonada con el Premio Princesa de Asturias en Ciencias Sociales en 2016. “Oh, Do Shut Up Dear!” es el título original de la conferencia que la historiadora inglesa dictara en el Museo Británico en 2014, que posteriormente se publicara en el *London Review of Books* como “The Public Voice of

Women”, y que aquí se traduce como “La voz pública de las mujeres”. En este texto, Beard se remonta a la *Odisea*, una de las obras literarias fundacionales de la cultura occidental, para señalar la escena en la que Telémaco, hijo de Odiseo, calla en público a su madre, Penélope. Desde este punto de partida, el texto rastrea hasta nuestros días esta imagen del hombre que calla a la mujer, reflexionando sobre la idea, todavía preponderante, de que las mujeres tienen derecho al chisme, pero no al discurso.

Ambos ensayos denuncian la violencia que se ejerce sobre la voz de las mujeres, como una forma más de subordinación —el primero señalando la dominación de la voz de los hombres, el segundo denunciando el silenciamiento de la voz de las mujeres—. El derecho de las mujeres al ejercicio del habla, el diálogo, el debate y la discusión sigue siendo violentado en las sociedades contemporáneas. Ante esta situación, ambas autoras otorgan herramientas que permiten identificar tanto la arrogancia aparentemente cariñosa como el silencio impuesto con premeditación.

En México, como en otros países del mundo, en los últimos años hemos visto a grupos de mujeres jóvenes que insisten en hacer pública su voz, que buscan denunciar y transformar la misoginia que todavía subordina, calla y relega. A través de las redes sociales, movimientos como #RopaSucia, #ClubDeTobi y #MiPrimerAcoso y #SiMeMatan por nombrar algunos, se han convertido en manifestaciones de mujeres jóvenes que reclaman su lugar en la sociedad, que exigen derechos y defienden la pertinencia de su voz.

Ediciones Antílope se caracteriza por publicar en gran parte a autoras y autores jóvenes, dirigiéndose a un público joven, con un diseño estético atractivo que busca dar voz a una nueva generación y aportar a la circulación de sus ideas. La importancia de este libro —que reúne estos dos ensayos gemelos, ilustrados por la artista tamil Renuka Rajiv— radica, entre otras cosas, en una búsqueda por otorgar a jóvenes mujeres mexicanas herramientas y contexto para librar sus propias batallas por hacerse escuchar.

Para el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM) de la Universidad Nacional Autónoma de México, resulta crucial apoyar esfuerzos de divulgación que incidan en la construcción de mejores sociedades. Por ello, en coedición con Ediciones Antílope —joven proyecto editorial conformado por cuatro mujeres y un hombre— el “Programa de género y equidad” del CRIM decidió apoyar este proyecto que busca visibilizar un tema en extremo relevante para nuestra sociedad actual. Esperamos, con ello, aportar no sólo a la difusión de materiales académicos dirigidos a mujeres jóvenes, sino apoyar también esfuerzos editoriales de las y los jóvenes, buscando contribuir a la igualdad de género y la justicia social.

Cuernavaca, Morelos, México

Abril de 2017



LOS HOMBRES ME EXPLICAN COSAS
REBECCA SOLNIT

Sigo sin entender por qué Sallie y yo nos tomamos la molestia de ir a esa fiesta en las colinas boscosas cerca de Aspen. Todos los invitados eran mucho mayores y aburridos, aunque de un modo distinguido. Nosotras, ya cercanas a los cuarenta, resultamos ser las jovencitas del evento. La casa era magnífica —si lo tuyo son los chalés estilo Ralph-Lauren—, una cabaña lujosa y rústica, a tres mil metros sobre el nivel del mar, con todo y cuernos de alce, un montón de alfombras orientales y una estufa de leña. Nos preparábamos para salir cuando

nuestro anfitrión dijo: “No, quédense un poco más, para que pueda platicar con ustedes”. Se trataba de un hombre imponente y adinerado.

Nos hizo esperar mientras otros invitados avanzaban hacia la noche veraniega, hasta que por fin nos invitó a tomar asiento en su mesa de madera, auténtica y artesanalmente defectuosa, y se dirigió a mí. “Me cuentan que has escrito un par de libros”.

“De hecho, varios”, le respondí.

Después de escucharme, y con el tono entusiasta que uno usaría al dirigirse a una niña de siete años para hablar de sus clases de flauta, me preguntó: “¿Y de qué tratan?”

Los que se habían publicado, seis o siete para ese entonces, trataban sobre una variedad de temas diferentes, pero en ese día de verano de 2003, empecé a hablar sobre el más reciente, *Río de sombras: Eadweard Muybridge y el viejo oeste tecnológico*¹, mi libro

.....
¹ *River of Shadows: Eadweard Muybridge and the Technological Wild West*, New York, Viking, 2003. Inédito en español. [Todas las notas son de la traductora.]

sobre la industrialización de la vida diaria y la aniquilación del tiempo y el espacio.

Poco después de que mencionara a Muybridge, el hombre me interrumpió: “¿Y estás enterada de que este año se publicó un libro *muy importante* sobre Muybridge?”

Estaba yo tan absorta en el rol de ingenua que me había sido asignado, que estuve perfectamente dispuesta a considerar la posibilidad de que otro libro sobre el mismo tema se hubiera publicado al mismo tiempo que el mío y de algún modo yo no me hubiera enterado. Mientras tanto, él ya me estaba explicando todo acerca de ese libro tan importante —con la mirada pretenciosa que identifico tan bien en un hombre cuando empieza a hablar sin parar, los ojos fijos en el horizonte difuso y lejano de su propia autoridad—.

Aquí resulta importante establecer que mi vida está espolvoreada de hombres maravillosos, de una larga sucesión de editores que me han escuchado, animado y publicado desde que era joven, de la generosidad infinita de mi hermano menor,

de amigos espléndidos de quienes podría decir, hablando de cada uno, que “con gusto aprendía y con gusto enseñaba” —como el erudito de Los cuentos de Canterbury, a quien todavía recuerdo tras conocerlo en el curso sobre Chaucer del Profesor Pelen—. Pero están también estos otros hombres. Así que don Muy Importante seguía de fanfarrón hablando sin parar sobre ese libro que yo tendría que conocer, cuando Sallie lo interrumpió para decir: “Ése es su libro”. O bueno, en todo caso, intentó interrumpirlo.

22 Él siguió en lo que estaba. Ella tuvo que repetir “Ése es su libro” tres o cuatro veces antes de que él finalmente pudiera digerir la información a plenitud. Y entonces, cual si estuviéramos en una novela decimonónica, palideció por completo. Las categorías lípidamente delimitadas que organizaban su mundo se confundieron tan inmensamente ante el hecho de que yo, en efecto, resultara ser quien había escrito aquel libro tan importante —que él en realidad no había leído y que sólo conocía tras haber leído sobre él en el *New York Times Book*

Review hacía unos meses— que se quedó sin palabras por un instante, antes de seguir hablando, sin parar, nuevamente. Al ser mujeres, nos aseguramos de estar a una distancia prudente antes de carcajearnos. Y realmente no hemos parado de reír desde entonces.

Me gustan este tipo de incidentes, aquellos donde fuerzas que por lo general resultan escurridizas y difíciles de señalar salen a rastras, desde lo hondo del pastizal, y se vuelven tan obvias como una anaconda que se comió a una vaca o un mojón de mierda de elefante en medio de la alfombra.

LA PENDIENTE RESBALOSA DEL SILENCIAMIENTO

Sí, hay personas de ambos géneros que se plantan en eventos públicos para hablar sin parar sobre temas irrelevantes y teorías de conspiración. Pero la total, absoluta y beligerante confianza de quien en realidad es por completo ignorante resulta, en mi

experiencia, una cuestión de género. Los hombres me explican cosas, a mí y a otras mujeres por igual, sin importar que sepan o no de qué están hablando. Algunos hombres.

Toda mujer sabe de lo que estoy hablando. Se trata de esa arrogancia que hace que las cosas se vuelvan difíciles, a veces, para cualquier mujer en cualquier profesión; la que incita a las mujeres a no hablar e impide que sean escuchadas cuando se atreven a hablar; ésa que silencia con fuerza a las mujeres jóvenes diciéndoles, de la misma forma en que lo hace el acoso callejero: “Éste no es tu mundo”. Nos entrena para limitarnos y dudar de nosotras mismas, mientras propicia un injustificado exceso de seguridad en los hombres.

No me sorprendería que la incapacidad para escuchar a Coleen Rowley, la mujer que trabajaba para el FBI y emitió las primeras advertencias sobre Al Qaeda, determinara parte de la trayectoria de la política de los Estados Unidos desde 2001. Sin duda estuvo marcada por el gobierno de Bush, a quien no se le podía decir nada, incluyendo el



hecho de que Irak no tenía vínculos con Al Qaeda ni armas de destrucción masiva y que la guerra no iba a ser “pan comido”. (Ni siquiera los expertos que eran hombres pudieron penetrar esa fortaleza de soberbia.)

Puede que la arrogancia haya tenido algo que ver con la guerra, pero el síndrome al que me refiero es una guerra que prácticamente cualquier mujer debe enfrentar a diario, una guerra que ocurre dentro de una misma y donde prevalece un sentimiento de insignificancia, la invitación al silencio, una batalla de la cual ni siquiera una carrera bastante exitosa como escritora (repleta de mucha investigación e información empleada correctamente) me ha logrado salvar del todo. En definitiva, hubo un momento donde estuve dispuesta a permitir que don Muy Importante y su exceso de confianza en sí mismo derribaran mi propia certeza, mucho más endeble.

No olvidemos que yo he recibido mucha más confirmación de mi derecho a pensar y hablar que la mayoría de las mujeres. He aprendido también

que dudar de una misma hasta cierto punto puede ser una buena herramienta para corregir, entender, escuchar y avanzar —pero dudar demasiado paraliza, mientras que la confianza absoluta produce idiotas arrogantes—. Hay un justo medio entre estos polos hacia los cuales los géneros han sido orillados, un cálido cinturón ecuatorial de estira y afloja, donde todos deberíamos encontrarnos.

Ejemplos mucho más extremos que esta situación existen, por ejemplo, en países de Medio Oriente donde el testimonio de una mujer no tiene validez jurídica: una mujer no puede declarar que fue violada. Requiere de un testigo, que sea hombre, para contraargumentar la versión del hombre violador, cosa que rara vez sucede.

La credibilidad es una herramienta fundamental de supervivencia. Cuando yo aún era muy joven y apenas empezaba a entender de qué se trataba el feminismo y por qué era necesario, tenía un novio cuyo tío era físico nuclear. Una navidad, el tío nos contó —cual si fuera una historia de lo más ligera y divertida— que en su comunidad suburbana

dedicada a la fabricación de bombas, la esposa de un vecino había salido desnuda, corriendo de su casa en medio de la noche, gritando que su esposo estaba tratando de matarla. Pregunté cómo sabían que el esposo no estaba tratando de matarla. Él me explicó, pacientemente, que ahí sólo vivían personas respetables de clase media. En consecuencia, que-su-esposo-estuviera-tratando-de-matarla no era una explicación creíble para el acto de salir corriendo de la casa gritando que su esposo estaba tratando de matarla. Es decir que, más bien, estaba loca...

Incluso obtener una orden de restricción —un instrumento legal bastante nuevo— requiere que una tenga la credibilidad necesaria para convencer a un juez de que un tipo constituye una amenaza y después lograr que la policía haga cumplir esa orden. Y, de todas formas, las órdenes de restricción muchas veces no sirven de nada. Una forma de silenciar a las personas es a través de la violencia, negándoles voz y credibilidad, imponiendo el derecho a controlarlas por encima de su derecho a

existir. Cerca de tres mujeres al día son asesinadas por sus parejas o exparejas en Estados Unidos². Es una de las causas principales de muerte entre mujeres embarazadas. La necesidad de darle credibilidad a las mujeres y de construir condiciones para que sean escuchadas se encuentra en el corazón de la batalla feminista por tipificar como crímenes actos como la violación, la violación durante citas románticas, la violación en el matrimonio, la violencia doméstica y el acoso sexual en los lugares de trabajo.

Tiendo a creer que las mujeres adquirimos la condición de seres humanos cuando este tipo de actos comenzaron a tomarse en serio. Cuando empezamos a enfrentar por la vía legal las cosas grandes que nos detienen y nos matan, desde mediados de la década de 1970 en adelante. Es decir, mucho después de que yo naciera. Y para aquellos que estén a punto de argumentar que el acoso

.....
² Las cifras más recientes indican que en México siete mujeres son asesinadas al día, un gran número de ellas a manos de sus parejas o exparejas.

sexual en el trabajo no pone en riesgo la vida de nadie, recordemos que todo parece indicar que un colega de mayor rango asesinó a Maria Lauterbach, una soldado de primera clase de la Marina de Estados Unidos de veinte años, durante una noche de invierno, mientras ella esperaba para testificar en su contra por violación. Los restos quemados de su cuerpo embarazado fueron encontrados en el fogón del patio trasero de él.

Que se afirme, categóricamente, que él sabe de qué está hablando y ella no, sin importar cuan nimia resulte esa parte de la conversación, perpetúa la fealdad de este mundo y sofoca su luz. Después de la publicación de mi libro *Wanderlust. Una historia del caminar*, en el año 2000, me descubrí a mí misma mucho mejor preparada para resistir a esa intimidación que me separaba de mis propias percepciones e interpretaciones. En dos ocasiones durante esa época me opuse al comportamiento de un hombre, tan sólo para que se me dijera que esos incidentes no habían sucedido en absoluto como yo los describía, que yo estaba siendo

subjetiva, delirante, exagerada, deshonesta —en resumen, mujer—.

Durante casi toda mi vida hubiera dudado de mí misma y me hubiera echado para atrás. Tener un lugar en el espacio público como escritora de historia me ayudó a defender mi posición, pero pocas mujeres tienen ese empujón. Debe haber miles de millones de mujeres, en este planeta de siete mil millones de personas, a quienes se les insiste que no son testigos confiables de sus propias vidas, que la verdad no es de su propiedad, ni ahora ni nunca. Esto va mucho más allá de los hombres explicando cosas, pero forma parte del mismo archipiélago de arrogancia.

Los hombres me explican cosas, todavía. Y ningún hombre jamás me ha pedido disculpas por explicarme, mal, cosas que yo sé y ellos no. Aún no ha sucedido, pero, de acuerdo con los cálculos de los actuarios, es posible que me queden unos cuarenta y tantos años de vida por delante, más o menos, así que podría suceder. Aunque no tengo muchas esperanzas.



MUJERES LUCHANDO EN DOS FRENTES

Unos cuantos años después del encuentro con el idiota en Aspen, me encontraba en Berlín dando una conferencia cuando el escritor marxista Tariq Ali me invitó a una cena donde estaban un hombre, escritor y traductor, y tres mujeres un poco más jóvenes que yo, quienes se mantuvieron corteses y silenciosas durante toda la cena. Tariq era genial. Tal vez el traductor se sintió irritado porque yo insistiera en jugar un rol modesto dentro de la conversación, pero cuando dije algo acerca de cómo Mujeres en Huelga por la Paz³ —el extraordinario y casi por completo desconocido grupo de pacifistas antinucleares que se fundara en 1961— había logrado derribar la cacería de brujas anticomunista del Comité de Actividades Antiestadounidenses⁴, don Muy Importante II se burló de mí. El Comité, insistió, no existía en los primeros años de la década

³ *Women Strike for Peace*

⁴ *House Committee on Un-American Activities*, o HUAC, por sus siglas en inglés.

de 1960; y de todas formas, ningún grupo de mujeres jugó tal papel en su disolución. Su desdén era tan fulminante, su confianza tan agresiva, que discutir con él me pareció un escalofriante ejercicio de futilidad, y abrirle la puerta a otra serie de insultos.

Creo que para ese entonces ya había llegado al libro número nueve, incluyendo uno que hacía uso de fuentes primarias y entrevistas con miembros clave de Mujeres en Huelga por la Paz. Pero los hombres que explican siguen suponiendo, en una suerte de obscena metáfora del embarazo, que yo soy tan sólo un contenedor vacío, listo para colmarse de su sabiduría y conocimiento. Un freudiano afirmarí­a saber qué tienen ellos y qué yo no. Pero la inteligencia no se localiza en la entrepierna, incluso si logras escribir en la nieve con tu pito una de aquellas oraciones de Virginia Woolf —eternas y dulcemente musicales— sobre la sutil subyugación de la mujer. Ya de regreso en mi hotel, hice una búsqueda rápida en internet y encontré que Eric Bentley, en su historia definitiva sobre el Comité de Actividades Antiestadounidenses,

le atribuye a Mujeres en Huelga por la Paz haber “propinado el golpe crucial en la toma de la Bastilla del Comité”, en los primeros años de la década de 1960.

Así que comencé un ensayo, que después se publicaría en *The Nation* (sobre Jane Jacobs, Betty Friedan y Rachel Carson) con esa anécdota, en parte para exponer a uno de los hombres más desagradables que me hayan explicado cosas. Cáb­ron, si estás leyendo esto, debes saber que eres un absceso en la cara de la humanidad y un obstáculo para la civilización. Avergüénzate.

La batalla contra los hombres que explican cosas ha derribado a muchas mujeres de mi generación, de las generaciones más jóvenes a quienes necesitamos tanto, aquí y en Bolivia y en Java, sin hablar de las incontables mujeres que vinieron antes de nosotras y a quienes no se les dejó entrar al laboratorio, a la biblioteca, a la conversación, a la revolución o incluso a la categoría “ser humano”.

Después de todo, Mujeres en Huelga por la Paz fue creado por mujeres que se cansaron de servir

el café, de ser mecanógrafas y de no tener voz ni poder de decisión en el movimiento antinuclear en la década de 1950. La mayoría de las mujeres libran dos batallas en dos frentes: una por la causa que les concierne en el momento, y otra por el simple derecho de hablar, de tener ideas, de que se les reconozca como poseedoras de hechos y verdades, de ser valiosas, de ser humanas. Las cosas han mejorado, pero esta guerra no terminará mientras yo esté viva. Sigo en pie de lucha, por mí, sin duda, pero también por todas aquellas mujeres jóvenes que tienen algo que decir, por la esperanza de que un día tengan la oportunidad de decirlo.

CODA

En una cena en marzo de 2008 empecé a hacer chistes, como muchas otras veces, sobre la idea de escribir un ensayo llamado “Los hombres me explican cosas”. Toda persona que escribe tiene un establo lleno de ideas que nunca se convierten en

caballos de carreras. Yo había estado jugando con este pony de vez en cuando, nada más por diversión. Mi invitada a la cena, la brillante teórica y activista Marina Sitrin, insistió en que debía escribirlo porque personas como su hermana menor, Sam, necesitaban leerlo. Las mujeres jóvenes, dijo, necesitan saber que el hecho de ser menospreciadas no es resultado de sus propias fallas secretas, se trata más bien de la vieja guerra entre los géneros y nos ha pasado en algún momento a todas las que somos mujeres.

Temprano, a la mañana siguiente, lo escribí de una sentada. Cuando algo se articula así de rápido queda claro que se lleva escribiendo por sí solo y durante largo rato en algún recoveco inaccesible de la mente. Quería ser escrito; ansiaba salir a la carrera y galopó con alegría en cuanto me senté a escribir en la computadora. Dado que Marina se despertaba más tarde que yo en esos tiempos, serví el texto de desayuno y más tarde se lo envié a Tom Engelhardt de *TomDispatch*, quien lo publicó en línea al poco tiempo. Se propagó con velocidad

y nunca ha dejado de circular. Ha sido republicado, compartido y comentado. Ha circulado como ninguna otra cosa que haya escrito.

Hizo eco. Tocó una fibra sensible.

Algunos hombres decidieron explicar por qué el que los hombres expliquen cosas en realidad no es un fenómeno marcado por el género. Entonces, por lo general, fueron mujeres quienes les señalaron cómo al insistir en su derecho a desacreditar las experiencias que las mujeres decían vivir, ellos terminaban explicando precisamente de la misma forma en que yo digo que a veces explican. Debo aclarar que sí creo que hay mujeres que también explican cosas en tono condescendiente, en ocasiones a hombres, entre otras personas. Pero de ninguna manera estos casos reflejan la enorme diferencia de poder que existe entre los géneros y que adopta formas mucho más siniestras, ni el amplio patrón que muestra cómo funcionan las diferencias de género en nuestra sociedad.

Otros hombres entendieron. Después de todo, este texto se escribió cuando los hombres feministas



se habían convertido ya en una presencia más significativa, y el feminismo era más divertido que nunca. Pero no todos sabían lo chistosos que eran. En 2008, recibí un correo electrónico de un hombre mayor de Indianápolis. Me escribió para decirme que él “jamás, personal o profesionalmente, había tratado de manera injusta a una mujer” y prosiguió a regañarme por no interactuar con “hombres más normales o al menos hacer un poquito de tarea antes”. Después me dio algunos consejos sobre cómo administrar mi vida y comentó en torno a mis “sentimientos de inferioridad”. Consideraba que ser tratada con condescendencia es una experiencia que las mujeres eligen vivir, y que podían elegir no tener que vivir —así que la culpa de todo era mía—.

Surgió una página de internet llamada “Los hombres académicos me explican cosas” y cientos de mujeres universitarias compartieron anécdotas de cómo eran tratadas con paternalismo y menosprecio en ese ámbito, de cómo los hombres hablaban por encima de ellas, y más. El término

“machoexplicar” se acuñó al poco tiempo de que se publicara el texto, y de vez en cuando se me ha dado crédito por su creación. De hecho, yo no tuve nada que ver con ello, aunque mi ensayo, y todos los hombres que ejemplifican el fenómeno, parecen haber inspirado el surgimiento del término. Yo tengo mis dudas sobre el término y no lo uso demasiado; me parece que tiende hacia la idea de que los hombres son por naturaleza defectuosos en este sentido, más que indicar que algunos hombres explican cosas que no deberían explicar, y dejan de escuchar cosas que deberían escuchar⁵. Por si no ha quedado del todo claro en este texto, quiero precisar que a mí me encanta que las personas me expliquen cosas, si tienen conocimiento sobre el tema y me interesa y no lo conozco. Es cuando empiezan a explicarme cosas que yo sí sé, y ellos no, que la conversación fracasa. Para 2012, “machoexplicar” —elegida como una de las palabras

.....
⁵*Mansplaining*, el término original en inglés, surge de la combinación de *man* (hombre) y *explain* (explicar). A raíz de esta observación de la autora, se traduce aquí como machoexplicar.

del año del *New York Times* en 2010— se utilizaba de manera cotidiana en el periodismo político.

Claro, esto fue porque se acoplaba bastante bien a los tiempos. *TomDispatch* volvió a publicar “Los hombres me explican cosas” en agosto de 2012. Por casualidad y más o menos de manera simultánea, el congresista republicano de Missouri, Todd Akin, hizo su infame declaración de que no era necesario legalizar el aborto en el caso de mujeres que hayan sido violadas, porque “si es una violación legítima, el cuerpo femenino tiene sus propias maneras de lograr que la cosa en sí deje de funcionar”. Esa temporada de elecciones estuvo repleta de enloquecidas declaraciones en defensa de la violación de parte de hombres conservadores dentro de la política. También estuvo llena de feministas que señalaban por qué el feminismo es necesario y por qué estos tipos eran de terror. Fue bonito formar parte de las voces que intervinieron en esa conversación; el ensayo tuvo un gran resurgimiento.

Ecos, fibras sensibles: el texto sigue en circulación incluso mientras escribo esto. El punto del

ensayo nunca fue sugerir que yo me siento particularmente oprimida. El punto era considerar cómo estas conversaciones son la punta de la cuña que abre espacios para los hombres y los cierra para las mujeres, espacios para hablar, para ser escuchado, para tener derechos, para participar, ser respetado, ser un humano libre y pleno. Ésta es una de las formas en que, a través del discurso cortés, se expresa el poder—el mismo poder que en el discurso descortés y en los actos físicos de intimidación y violencia, y muy a menudo en la forma misma en que el mundo está organizado— silencio, borra y aniquila a las mujeres como iguales, participantes, seres humanos con derechos y, en demasiadas ocasiones, como seres vivos.

La lucha por lograr que las mujeres sean tratadas como seres humanos con derecho a la vida, a la libertad, a participar en la arena de la política y la cultura, continúa. Y en ocasiones esa batalla ha sido desalentadora. Me sorprendí a mí misma al escribir el ensayo, pues abre con un incidente un tanto gracioso y termina en violación y asesinato.

Me dejó clara la continuidad que se despliega desde las más ínfimas desdichas de la interacción social, hasta el silenciamiento y la muerte violenta. Me parece que entenderíamos la misoginia y la violencia contra las mujeres aún mejor si entenderíamos el abuso de poder como un todo, en lugar de tratar a la violencia doméstica como algo separado de la violación, del asesinato, del acoso y la intimidación, en línea, en casa, en el trabajo y en las calles. Al observar todo en conjunto, el patrón queda muy claro.

44

Tener el derecho de presentarse y hablar es un elemento fundamental para la supervivencia, la dignidad y la libertad. Estoy agradecida porque, tras una juventud de ser silenciada, en ocasiones con violencia, crecí hasta lograr tener una voz propia, circunstancias que me vincularán por siempre a los derechos de quienes no tienen voz.

habla

LOS HOMBRES ME EXPLICAN COSAS es el primer título de la colección DESDOBLE y pertenece a la serie Remoto. Se terminó de imprimir y encuadernar el mes de septiembre de 2017, en los talleres de imagen es creación impresa, ubicados en Oriente 241-a, núm. 28 bis, col. Agrícola Oriental, 08500, deleg. Iztacalco, Ciudad de México, México. La edición consta de 500 ejemplares.

Vivas nos queremos.





habla

LA VOZ PÚBLICA DE LAS MUJERES

es el primer título de la colección DESDORLE y pertenece a la serie Remoto. Se terminó de imprimir y encuadernar el mes de septiembre de 2017, en los talleres de imagen es creación impresa, ubicados en Oriente 241-a, núm. 28 bis, col. Agrícola Oriental, 08500, del Iztacalco, Ciudad de México, México. La edición consta de 500 ejemplares.

Ni una menos.